

A los veintisiete años, cuando ya había sido diputado nacional, una crisis de alma le hizo ausentarse de Buenos Aires. Quería olvidar; tal vez deseaba morir, con esa vehemencia que los pocos años ponen en sus dolores. Había estallado la guerra entre Chile y el Perú, y Sáenz Peña corrió á tomar parte en la lucha, como otros argentinos, auxiliando al país que consideraban más débil. Además, existía entonces una gran tirantez de relaciones entre Chile y Argentina por la cuestión de límites. Sáenz Peña fué á derramar su sangre en defensa de una nación que no era suya, igual en generosidad á la romántica juventud de Europa, que hace cuarenta años vestía la camisa purpúrea del garibaldino para combatir por la emancipación de todos los pueblos.

Al frente de un batallón peruano asistió á diversos combates de aquella guerra encarnizada y tenaz, en la que vencidos y vencedores mostraron por igual el valor de la raza y la firmeza de su patriotismo. En la loca y heroica defensa de Arica se encontró Sáenz Peña con su batallón, que no era más que un puñado de hombres. El relato de esta jornada, oído de labios del personaje argentino, hace correr por la espalda un estremecimiento de emoción. Sáenz Peña la cuenta con la sencillez conmovedora de un hombre que ha visto la muerte de cerca y no necesita de vanas palabras para realzar lo trágico del suceso. Unos 2.000 peruanos se habían refugiado en el Morro de Arica. A pesar de las defensas formidables de esta altura, su situación era deplorable. La escuadra chilena los tenía bajo sus fuegos y resultaba triple ó cuádruple el número de las fuerzas que iban á atacarlos á la madrugada siguiente. La resistencia parecía tan imposible, que el mismo Baquedano, general en jefe del ejército chileno, se apiadó de los sitiados enviándoles un parlamentario para que se rindiesen.

— Yo soy viejo y he vivido bastante — dijo el coronel Bolognesi, jefe de los peruanos —. Nada me importa morir. ¡Pero hay conmigo tantos oficiales jóvenes que aún pueden prestar grandes servicios á la patria! . . .

Entonces los aludidos, en presencia del enviado chileno, manifestaron su resolución de pelear hasta la muerte. Empezó la lucha: una carnicería inútil y horrible. Pocos combates tan sombríos y desesperados como el de la toma de Arica. Los asaltantes chilenos escalaban la áspera pendiente rugiendo de furor. Sabían que el terreno estaba minado y podía hacer saltar en el aire, de un momento á otro, compañías enteras. Los defensores peleaban sin esperanza, convencidos de que les aguardaba la muerte y sólo conseguían con esta resistencia demorar su llegada algunos minutos.

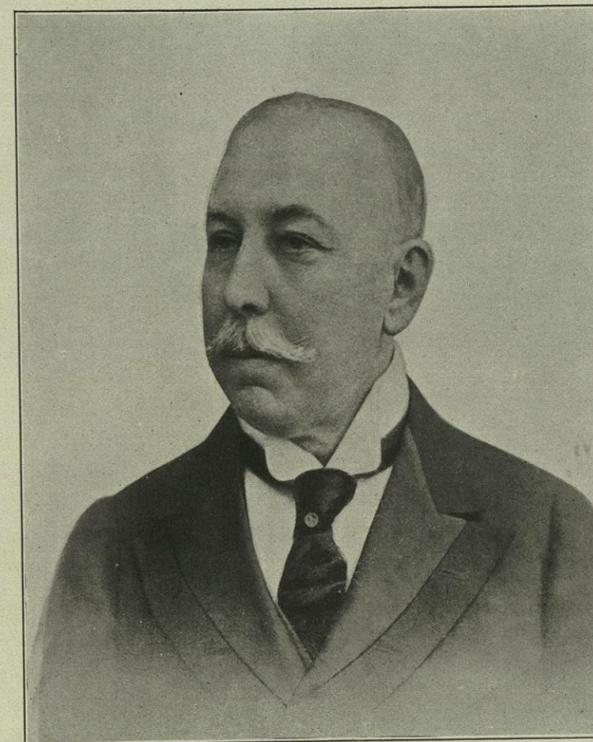
La artillería chilena desmontó las baterías del Morro. El desorden de una lucha sin objeto bajo la incesante lluvia de proyectiles, inutilizó las minas. Cayeron todos los jefes. En los últimos instantes sólo quedaron en pie Sáenz Peña y el peruano Latorre. El brillante joven de Buenos Aires era un oficial, pálido de hambre y de fatiga, con el uniforme roto y un brazo manando sangre. Había recibido un balazo al principio del combate. La bandera peruana fué arriada por los asaltantes al entrar en la plaza. Sáenz Peña, uno de los pocos supervivientes, cayó prisionero. La soldadesca, ebria de cólera, le hirió con dos bayonetazos, é iba á rematarlo cuando la oportuna intervención del comandante chileno Suffer le salvó la vida. Bien puede decirse que el presidente Sáenz Peña es un escapado de la muerte. Conducido á Chile, estuvo internado en la población de San Bernardo. Su cautiverio se prolongó algún tiempo por negarse á aceptar las propuestas del ministro de la Guerra de entonces, el cual, á cambio de la libertad, le exigía condiciones que lastimaban su patriotismo de argentino.

Vuelto á su país tras esta aventura dramática, desempeñó altos puestos oficiales y viajó por Europa y los Estados Unidos, representando á la Argentina en varios Congresos. Ya hemos dicho cómo en 1891 la opinión de los más le designó para la presidencia y cómo sus

enemigos le cortaron el paso de un modo desleal, proclamando la candidatura de Don Luis Sáenz Peña.

El hijo se inclinó resignado ante el suceso, sin permitir á sus amigos la más ligera protesta. Dimitiendo el cargo de senador, para no tener que atacar el Gobierno de su padre, dirigido por inspiraciones ocultas, quiso desaparecer por algún tiempo, y se trasladó á Entre Ríos, administrando allí una estancia. Su personalidad política pareció crecer durante este eclipse. La disgregación de los viejos partidos hizo que se volvieran á él los ojos de muchos, como hacia una esperanza. A la muerte de Pellegrini, cordial amigo suyo, vióse elevado, sin pretenderlo, á la cabeza de una agrupación política. La mayoría del país aclamó en él á su futuro presidente. Figueroa Alcorta reconoció un ilustre sucesor en este hombre de Estado.

Poco ha influido Sáenz Peña en pro de su candidatura. Mientras los primeros trabajos electorales hacían sonar su nombre, vivía en Roma como embajador cerca del rey de Italia. Un movimiento unánime del país le ha llevado á la presidencia. El haberse retirado su contrincante, Don Guillermo Udaondo, ciudadano dignísimo y probo gobernante, que de tener enfrente otra candidatura tal vez hubiera conseguido el triunfo, demuestra la fuerza irresistible y unánime que rodeó desde los primeros momentos el nombre de Sáenz Peña.



DON VICTORINO DE LA PLAZA, NUEVO VICEPRESIDENTE DE LA REPÚBLICA

¿Qué ocurrirá en el curso de la nueva presidencia? . . . Sáenz Peña es de amplia visión en sus concepciones de gobernante. La vida fuera del país, su trato con ilustres estadistas y la observación directa de los grandes pueblos, dan á sus esperanzas y propósitos una elevada generosidad.

Las menudencias de la política local, las mezquindades de la vida interna de los partidos no cuadran á su carácter, que siente predilección por las altas empresas. Su aventajada estatura física se halla en armonía con la medida de su pensamiento y sus deseos. Es casi un gigante, á la par enérgico y bondadoso, y sus propósitos resultan igualmente grandes. Ansía la constitución de un partido nacional, disciplinado y robusto, que se cuide de las minucias de la política, mientras el presidente trabaja con toda libertad en pro de los adelantos del país.

Él, que ha visto de cerca los milagros que realizan los pueblos europeos por la densidad de su población, desea atender, especialmente, al fomento de la corriente inmigratoria. En su discurso-programa, al aceptar la candidatura á la presidencia, se ocupó Sáenz Peña de la despoblación del país, considerándola como el mayor de sus males. «Esta despoblación — dijo elocuentemente — perjudica la armonía de nuestros progresos; porque hemos vencido al indio,



BUENOS AIRES. COLEGIO AVELLANEDA

pero no al desierto. Si á un escolar europeo se le obligara á definir el concepto de desierto, estaría en lo justo al contestar: «Desierto es un territorio con dos hombres en cada kilómetro cuadrado». Y siendo este el inventario de nuestra población, debemos esforzarnos en promover la corriente inmigratoria, que es capital, trabajo, ideas, luz y fraternidad. . . Hecha en nuestro país, como en el precepto bíblico, la reproducción de los panes, nos resta multiplicar á los hombres: Si con seis millones de habitantes y sembrando apenas un décimo de nuestra superficie cultivable, hemos llegado á los primeros rangos productores y alimentamos una porción del mundo, se concibe lo que seremos cuando tengamos la totalidad de nuestras tierras cruzadas por canales y ferrocarriles, en activa y copiosa germinación».

Á realizar este ideal de grandeza y prosperidad se encamina el nuevo presidente. La medula de su programa es el aumento de población y numerosas obras públicas que faciliten el cambio y las exportaciones. Como ha dicho Sáenz Peña, «desde los tiempos de la Revolución á los actuales se ha visto siempre en la mente de los Gobiernos argentinos la asociación espontánea del emigrante á la actividad de la nación. El territorio está abierto á todas las energías. Al Gobierno toca hacerlas útiles y prósperas por la legislación y las costumbres, por la fácil adquisición de la tierra, por las garantías del régimen, por la estabilidad de la moneda y la rápida justicia».

Las vías férreas y su influencia civilizadora en la Argentina han inspirado al nuevo presidente una de sus frases concisas y exactas: «Los ferrocarriles crearon nuestra agricultura, obra del riel antes que del arado». Con un gobernante que así piensa, hay que esperar que el país continúe aumentando considerablemente su comercio y sus obras públicas.

Sáenz Peña, hombre de acción, jamás se ha sublevado contra los Gobiernos, á pesar de que alcanzó tiempos fecundos en revoluciones. La única vez que ha desenvainado su espada en territorio argentino, fué para defender la autoridad y el orden, yendo al frente de las tropas gubernamentales á sofocar una sublevación en Rosario.

Fiel á las tradiciones de raza, Sáenz Peña es un amigo de la antigua madre patria, distinguiéndola cariñosamente dentro del ferviente amor que profesa á todos los pueblos latinos. Cuando España estaba en guerra con los norteamericanos y sus infortunios parecían desalentar á los más impresionables, este argentino ilustre rindió un homenaje espontáneo á la vieja nación maternal. Celebrábase en el teatro Victoria de Buenos Aires un mitin de españoles, y apareció en el escenario Sáenz Peña, pronunciando una arenga memorable. España no podía morir: había prestado demasiados servicios á la civilización universal para que desapareciese en una simple guerra. Tenía asegurada la inmortalidad al otro lado del Océano, en los países á los que dió su sangre. ¡*Sursum corda!* Y la voz generosa del tribuno levantó los ánimos y caldeó el entusiasmo de los miles de españoles que le escuchaban. En la Península se recuerda con gratitud esta espontánea demostración de afecto.

La personalidad espiritual de Sáenz Peña es doble, ó más bien dicho, contradictoria, pues está formada de dos elementos antagónicos. Su mentalidad es positivista: piensa como un jurisconsulto, y sus aficiones le llevan preferentemente al estudio de las ciencias políticas y sociales. Al mismo tiempo es un idealista que todo lo ve en grande; un romántico enamorado de las empresas heroicas, como lo dieron á entender los actos de su juventud. No sienta mal un poco de romanticismo, una migaja idealista en la política de una nación que por su gran prosperidad y sus excelentes negocios tiene los ojos cerca del suelo, y pocas veces mira á lo alto. Pablo Groussac ha hecho un notable estudio de Sáenz Peña. «Es un talento práctico — dice — más que especulativo, en el cual decididamente la comprensión y la lógica predominan sobre las tendencias imaginativas. Aun en sus horas más felices, en sus arranques de mayor elevación y amplitud, la belleza de pensamiento es más arquitectónica que pictural. Debajo de los festones y follajes de adorno aparente se entrevé la eficacia del elemento geométrico; pero



UN FERROCARRIL ARGENTINO (PROVINCIA DE CÓRDOBA)

éste tiene la línea recta del cristal y del rayo de luz... Le oiréis, por otra parte, declinar toda competencia literaria; pero luego, llegada la hora oportuna, en una página brillante, en una carta eficaz, en una arenga levantada y sonora, dejará ver que también posee el don del estilo, el arte del orador, el secreto de la emoción reprimida, pero latente debajo del acento viril».

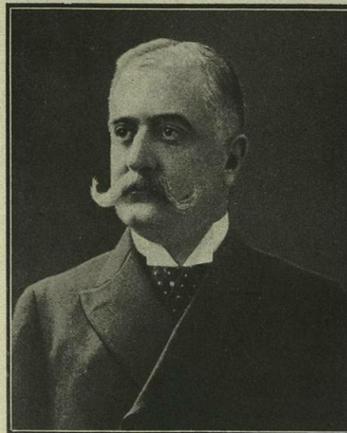
Sáenz Peña, con su rostro enérgico, en el que vaga á todas horas una sonrisa de bondad, su porte de hombre de mundo, habituado lo mismo á las privaciones militares que á las esplendideces de las cortes europeas y las fiestas aristocráticas, ofrece un aspecto de distinción, un aire de gran señor, que le hacen inconfundible por más que intente empequeñecerse. Donde él se presenta, es «alguien», aun antes de dar el nombre. Su arrogante apostura trae á la memoria una frase de Cervantes. Es de esos hombres que «allí donde se sientan está siempre la cabecera».

III

LA POLÍTICA

Hay que hablar brevemente de la actual política argentina. Un extranjero debe abstenerse de arriesgar juicios, so pena de incurrir en la indignación de los que no piensan como él. Lo que se tolera al hijo del país, aunque toque en los últimos límites del apasionamiento, indigna en labios del extraño, así apunte como una ligera insinuación.

Las antiguas agrupaciones están deshechas. Con los restos de la que acaudilló el general Roca y los antiguos amigos de Pellegrini, se ha formado el actual partido autonomista que ocupa el poder. Frente á éste empieza á levantarse un partido nacionalista, compuesto de los antiguos entusiastas del general Mitre y otros elementos políticos.



DON GUILLERMO UDAONDO

Será un bien para el país que las dos agrupaciones, que se hallan todavía en estado embrionario, se agranden y consoliden.

La República necesita de la constitución de dos entidades políticas que turnen en el poder, como en los Estados Unidos y otras naciones. Á semejanza de los republicanos y los demócratas de la República norteamericana, pueden actuar en la Argentina dos agrupaciones que representen las aspiraciones gubernamentales del país. Estos partidos, autonomista y nacionalista, vendrán á reemplazar, con la cultura y el respeto á la ley de los tiempos modernos, sin choques ni violencias, la antigua división de federales y unitarios.

El partido nacionalista presentó, como ya hemos dicho, en las últimas elecciones presidenciales la candidatura de Don Guillermo Udaondo, que es la personalidad más ilustre y sobresaliente de dicha agrupación. En otras circunstancias, y no teniendo enfrente un personaje tan popular como Sáenz Peña, la candidatura de Udaondo se hubiese abierto paso. Todas las gentes, sin distinción de colores políticos, respetan á este hombre público, probo en sus gestiones administrativas y de una historia leal y honrada. Su misma decisión de retirarse de la lucha



BUENOS AIRES. PALACIO DEL CONGRESO